

Proclamar la Palabra de Dios

Tres vicios en la liturgia de la palabra

Más facilidad tenemos para aprender vicios que para mantener lo correcto en una celebración. Lo que yo llamo “vicios litúrgicos” surgen porque a alguien en una ocasión se le ocurrió hacer una cosa mal, no fue corregido y otros entendieron que debía ser así.

Lo de “primera lectura”, “salmo responsorial” y “segunda lectura” no viene a cuento. Se comienza, hoy por ejemplo con “Lectura del libro del Génesis”, luego proclamando el versículo del salmo “El Señor es mi luz y mi salvación”, y posteriormente “Lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Filipenses”. Por favor, eso de “primera”, “salmo”, “segunda” nunca más.

“ES PALABRA DE DIOS”. También se ha puesto de moda añadir ese “es”. Quitar el “es”, que hace daño a los oídos. ¿Quieren más rotundidad que proclamar después de una lectura “palabra de Dios”?

¿PALABRA DE DIOS?

El lector lo afirma con contundencia: ¡Palabra de Dios! Y el pueblo lo reconoce y lo aclama con una respuesta: te alabamos Señor. Hacerlo con interrogante es como mostrar dudas de que lo sea, e interactuar con los fieles igual que con un niño: ¿dos por dos? ¡cuatro! Insisto, el lector no pregunta, AFIRMA.

Una vez llegué a escuchar en una parroquia: “Hermanos y hermanas, esto es Palabra de Dios”.

Cargante eso de tener que soltar en la respuesta del salmo: “Repetimos todos” o simplemente “todos, por favor”. Comprendo que el lector repita con el pueblo la antifona por la cosa de ayudar a que la gente no se despiste, pero nada más.

Más raro es, aunque a veces pasa, encontrarse un lector que lea absolutamente todo: domIngo tal, indicaciones, letra en rojo... TODO. En esos casos, paciencia, resignación cristiana y ofrecerlo por las misiones.

El Ambón

El ambón es el lugar propio de Cristo-Palabra divina. La Palabra que desde él es proclamada es recibida por los fieles congregados «no como palabra humana, sino como lo que es realmente, como palabra divina» (1Tes 2,13). Ha de dársele, pues, una importancia semejante a la del altar.

«La dignidad de la Palabra de Dios exige que en la iglesia haya un lugar conveniente desde el que se proclame... Conviene que por lo general este sitio sea un ambón estable, no un simple atril portátil... Desde el ambón se proclaman únicamente las lecturas, el salmo responsorial y el pregón pascual. También puede tenerse la homilía y proponer las intenciones de la Oración universal. La dignidad del ambón exige que a él sólo suba el ministro de la Palabra.

Nos asegura la Iglesia que Cristo «está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la sagrada Escritura, es él quien nos habla» (Vat. II, SC 7a). Por eso, las lecturas de la palabra de Dios, que proporcionan

a la liturgia un elemento de la mayor importancia, deben ser escuchadas por todos con veneración» (OGMR 29).

La majestad de la presencia de Cristo en la Liturgia de la Palabra es claramente expresada por la Iglesia por el hecho de que al Libro sagrado se presta en el ambón —el lugar de Cristo Maestro— los mismos signos de veneración que se atribuyen al cuerpo de Cristo en el altar. Así, en las celebraciones solemnes, si el altar se besa, se incienso y se adorna con luces, en honor de Cristo, Pan de vida, también el leccionario en el ambón se besa, se incienso y se rodea de luces, honrando a Cristo, Palabra de vida. La Iglesia confiesa así con expresivos signos que ahí está Cristo, y que es Él mismo quien, a través del sacerdote o de los lectores, «nos habla desde el cielo» (Heb 12,25).

II.– Liturgia de la Palabra

Nos asegura la Iglesia que Cristo «está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la sagrada Escritura, es él quien nos habla» (Vat. II, SC 7a). ¿Nos lo creemos de verdad?... «Cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras, Dios mismo habla a su pueblo, y Cristo, presente en su palabra, anuncia el Evangelio. Por eso, las lecturas de la palabra de Dios, que proporcionan a la liturgia un elemento de la mayor importancia, deben ser escuchadas por todos con veneración» (OGMR 29).

«En las lecturas, que luego desarrolla la homilía, Dios habla a su pueblo, le descubre el misterio de la redención y salvación, y le ofrece alimento espiritual. Y el mismo Cristo, por su palabra, se hace presente en medio de los fieles. Esta palabra divina la hace suya el pueblo con los cantos y muestra su adhesión a ella con la Profesión de fe [el Credo]; y una vez nutrido con ella, en la Oración universal, hace súplicas por las necesidades de la Iglesia entera y por la salvación de todo el mundo» (OGMR 55).

¿Reconocemos la presencia real de Cristo cuando en la Liturgia sagrada habla a su pueblo?

Es el Padre celestial quien nos da el pan de la Palabra encarnada

Siendo esto así, hemos de aprender a comulgar a Cristo-Palabra como comulgamos a Cristo-Pan, pues incluso entendido del pan eucarístico, es verdad aquello de que «no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Dt 8,3; Mt 4,4).

La doble mesa del Señor

San Jerónimo cuando decía: «Yo considero el Evangelio como el cuerpo de Jesús. Cuando él dice “quien come mi carne y bebe mi sangre”, esas son palabras que pueden entenderse de la eucaristía, pero también, ciertamente, son las Escrituras verdadero cuerpo y sangre de Cristo» (ML 26,1259). Y especialmente cuando se proclaman en la liturgia sagrada de la Iglesia.

La tradición de la Iglesia, hasta hoy, entiende el oficio de lector como «un auténtico ministerio litúrgico» (SC 29a; cf. Código 230; 231,1).

Otra anécdota significativa. San Cipriano, obispo de Cartago en el siglo III, refleja bien la veneración de la Iglesia antigua hacia el oficio de lector cuando instituye en tal ministerio a Aurelio, un mártir que ha

sobrevivido a la prueba. En efecto, según comunica a sus fieles, le confiere «el oficio de lector, ya que nada cuadra mejor a la voz que ha hecho tan gloriosa confesión de Dios que resonar en la lectura pública de la divina Escritura; después de las sublimes palabras que se pronunciaron para dar testimonio de Cristo, es propio leer el Evangelio de Cristo por el que se hacen los mártires, y subir al ambón después [de haber subido al] del potro. En éste quedó expuesto a la vista de la muchedumbre de paganos; aquí debe estarlo a la vista de los hermanos» (Carta 38).

–El salmo responsorial da una respuesta meditativa a la lectura –a la lectura primera, si hay dos–. La Iglesia, con todo cuidado, ha elegido ese salmo interleccional con una clara intención cristológica. Así es como fueron empleados los salmos frecuentemente en la predicación de los apóstoles (cf. Hch 1,20; 2,25-28.34-35; 4,25-26). Y ya en el siglo IV, en Roma, se usaba en la misa el salmo responsorial, como también el Aleluya –es decir, «alabad al Señor»–, que precede al Evangelio.

–Silencio. «Es conveniente que se guarde un breve espacio de silencio después de la homilía» (OGMR 66).

Al hacer la oración universal hemos de ser muy conscientes de que la eucaristía, la sangre de Cristo, se ofrece por los cristianos «y por todos los hombres, para el perdón de los pecados». La Iglesia, en efecto, es «sacramento universal de salvación», de tal modo que todos los hombres que alcanzan la salvación se salvan por la mediación de la Iglesia, que actúa sobre ellos inmediatamente –cuando son cristianos– o en una mediación a distancia –cuando no son cristianos–. Es lo mismo que vemos en el evangelio, donde unas veces Cristo sanaba por contacto físico y otras veces a distancia. En todo caso, nadie sana de la enfermedad profunda del hombre, el pecado, si no es por la gracia de Cristo Salvador que, desde Pentecostés, «asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia» (SC 7b), sin la que no hace nada en orden a la salvación de los hombres.

SENCILLAS RECOMENDACIONES A LOS LECTORES EN MISA

Es un servicio litúrgico de gran importancia, nunca una excusa para intervenir, ni tampoco un ‘derecho’ de nadie. Es un servicio litúrgico de quien sabiendo la importancia de lo que lee, sabe proclamar en público la Palabra de Dios sin arrogancia, ni protagonismo alguno. No todos pueden ni deben leer, porque no todos lo saben realizar adecuadamente.

El lector debe entender la Palabra que proclama; si no la entiende, no puede darle el sentido que tiene. Primero debe ser oyente de esa Palabra -haberla leído antes, captado, rezado- y luego será el portavoz para la Iglesia.

Clara conciencia de que en ese momento se convierte en portavoz de la Palabra de Dios, en su altavoz, para que todos escuchen la Revelación que se da. En consecuencia debe ser fiel transmisor de una Palabra que procede de Dios, escrita por los autores sagrados (: hagiógrafos) y cuyo último eslabón es el propio lector para que llegue esa Palabra a la Iglesia, aquí y ahora, en la celebración de los Santos Misterios.

Hay que tener especial cuidado con las palabras difíciles, nombres inusuales, estilo de la misma lectura (poético, narrativo, exhortativo, etc.), y por eso es bueno repasar ante las lecturas.

El lector comunica la Palabra de Dios no sólo con las palabras pronunciadas correctamente (correctamente, claro, no precipitadamente) sino también con el convencimiento, el tono, el volumen, las inflexiones de voz según las frases. No es “hacer teatro”, sino comunicar adecuadamente, porque es distinto leer para uno

mismo que leer para los demás en alta voz haciendo que los oyentes y el propio lector se enteren bien de la lectura.

La preocupación de lector debe ser que todos se enteren y escuchen bien la Palabra de Dios: para ello procurará leer despacio, alto y claro, con ritmo (ni demasiado lento que distrae, ni demasiado rápido que aturde), vocalizando, ya que el sonido llega más lento al oído del oyente. Para eso, además, hay que mirar que el micrófono esté encendido y a la altura adecuada para recoger la voz, sin pegarlo a la boca.

Antes de comenzar, cerciorarse de que es la lectura correcta: el libro debe estar abierto (y si no abrirlo por la cinta que debe estar de modo lateral), fijarse en el día de la semana en que se está o en qué fiesta o solemnidad

Se comienza diciendo: "Lectura de..." y se termina haciendo una pequeña pausa con "Palabra de Dios", no seguido, como si formase parte del texto, o leído como si fuera una pregunta "¿Palabra de Dios?", sino con tono de afirmación-aclamación: "Palabra de Dios". Como es una aclamación, y no una información, no se dice: "Es Palabra de Dios", ni tampoco se dirá "Esto es Palabra de Dios".

La Palabra de Dios es como el agua para el alma sedienta. Por lo tanto, la calidad de la proclamación determina si su servicio ayudará o privará a la asamblea en escuchar y en responder con fe a la Palabra de Dios.

1) VESTIMENTA APROPIADA:

Aunque no se requiere una forma específica de vestimenta para los lectores, la dignidad y noble sencillez de la Sagrada Liturgia requiere que aquellos que acepten el llamado a tal ministerio, vistan de una manera que refleje la naturaleza profunda del llamado.

Hay que evitar un vestuario que provoque una indebida atención sobre el lector, en perjuicio de la Palabra proclamada.

2) ¿QUIÉN PUEDE LEER?

Una persona que está en comunión con la Iglesia Católica.

Personas que estén comprometidos con la práctica de su fe.

Una persona que esté dispuesta a recibir formación. Todo lector experimentado o un nuevo lector, sin importar el nivel de educación o entrenamiento, puede recibir los beneficios de la formación en el ministerio de la proclamación de la Palabra de Dios.

3) PARA PREPARAR UNA LECTURA:

Piense en la comunidad y pida a Dios que toque sus corazones. Sea usted un testimonio de la Palabra de Dios.

Lea su texto silenciosamente varias veces, en orden a conseguir un sentido de la secuencia y fluidez necesarias.

Revise las pronunciaciones y las palabras para marcar los énfasis.

Rece de nuevo para crecimiento personal y para su ministerio como lector de la Palabra de Dios.

En su día asignado, llegue con antelación al momento que le corresponderá leer, de manera que pueda entrar en el espíritu de oración antes de que comience la liturgia. Asegúrese de que el Leccionario esté correctamente señalado y que el micrófono esté adecuadamente ajustado.

4) LA LITURGIA DE LA PALABRA EN LA MISA:

“La Liturgia de la Palabra será celebrada de tal modo que favorezca la meditación, por eso se evitará completamente toda clase de prisas que impida el recogimiento. Conviene que en ella también se den momentos breves de silencio, adaptados a la asamblea congregada, en los cuales, con la ayuda del Espíritu Santo, la Palabra de Dios sea acogida en el corazón y mediante la oración se prepare la respuesta. Estos momentos de silencio pueden guardarse oportunamente, por ejemplo antes de que comience la misma Liturgia de la Palabra, después de la primera y de la segunda lectura, y al terminar la homilía" (OGMR, n° 56).

5) ESTRATEGIAS PARA AYUDAR A LA PROCLAMACIÓN:

Respiración: Respire profundamente desde el diafragma (estómago).

Ritmo: Hable a un ritmo que exprese el sentido de la lectura. Cambie el ritmo como sea necesario: no demasiado rápido ni demasiado lento.

Pausa: Pausa para enfatizar el significado de puntos importantes en la lectura.

Proyección: Escuchar la palabra ayuda a encender la esperanza. Proyecte su voz adecuadamente en el micrófono.

Expresión: Use un tono de voz apropiado a la naturaleza de la lectura y al espíritu de su mensaje.

Graduación: Una buena proclamación usa una variedad de graduaciones de la voz.

Use una graduación más baja cuando sea apropiada para ayudar a una audición más fácil.

Pronunciación: Revise la pronunciación de palabras no comunes y practique en voz alta.

Conexión: Mirar al pueblo de Dios al inicio y al final de la lectura ayuda a conectarse con ellos en la palabra proclamada. Escuche cómo está saliendo la voz hacia la

3) POSTURAS:

Ser natural.

Mostrarse seguro.

Lo que se siente se transmite a la asamblea.

Recostarse denota desinterés.

El cuerpo contraído expresa decaimiento y falta de confianza en sí mismo; y un cuerpo expandido, todo lo contrario.

Leer erguido.

Que el peso del cuerpo esté distribuido en las dos piernas.

Que el ambón no lo tape. Que se vea la cara.

La boca es un punto de referencia. En la cara y la boca se encuentra el centro de impacto visual (es lo que la asamblea mira).

La posición en el ambón debe ser decidida; es decir, no estar balanceándose, moviendo las manos.

Cuando por razones de espacio no pueda hacerse y cerca del sitio de proclamación, entonces es bueno sentarse en la primera banca. Nunca atrás.

Después de la primera lectura o el salmo, el servidor regresa despacio (despacio) a su sitio inicial.

Guarda silencio y procura una postura silente sin distracción.

Una postura silente para el lector está determinada por su fraseo corporal y manejo de la mirada.

Se mira a quien está proclamando. Así, si la asamblea mira a quien acaba de hacerlo, observará su alto nivel de atención y hará lo mismo o cuando menos no se distraerá.